

SERMON

DE LOS DOLORES GLORIOSOS DE NUESTRA SEÑORA.

Et sedebat sub palma..... inter Rama et Bethel, in monte Ephraim; ascendebantque ad eam filii Israel, in omne iudicium.

Y se sentaba bajo una palma.... entre Rama y Bethel, en el monte de Efraim; y venían á ella los hijos de Israel para todos sus litigios.

(Lib. Judic., IV-5.º)

Acaso no hubo época más dichosa y próspera para el pueblo de Israel, que cuando, después de la muerte de Josué, y de toda aquella raza guerrera que á sus órdenes pisó, triunfante en cien victorias, la prometida tierra, entró, bajo la superior dirección de Dios que asumía el gobierno temporal como el espiritual de las tribus, en manos de los Jueces, suscitados las más veces milagrosamente para salvarlos, en medio de sus continuas defecciones y rebeldías.

Othoniel, vencedor de Chusan, Rey de Siria: Aod, el ambidiestro, cuya daga de doble filo queda sepultada en el vientre del obeso Eglón, el monarca moabita: Samgar, cuya reja de labor deja tendidos á sus pies seiscientos filisteos; y Gedeón ó Jerobaal que recibe la fortaleza y la misión de salvar al pueblo debajo de la secular paterna encina en Efra, y se constituye el terror de los madianitas: y Abimelech, y Thola, y Jair, y Jefté, y Abesán, y Ahialón, y Abdón, y sobre todos

el hijo de Manué, el misterioso y simbólico Samsón, pesadilla eterna de los filisteos, que muere al fin abrazado á las columnas del templo de los incircuncisos, aplastado bajo sus bóvedas entre la multitud de sus odiados opresores, todos, más ó menos, y con muy contadas excepciones, ó llevan al pueblo á cien combates para cubrirle de laureles, ó le juzgan en paz, habitando cada israelita bajo su parra ó su higuera, que es la frase que usa bien á menudo el Libro de Dios, para significar la tranquilidad que reinaba entre los hijos de su raza predilecta.

Y hubo también, entre esos Jueces, representantes de Dios, y en su nombre gobernadores y magistrados del pueblo, una mujer, que de propósito he dejado de mencionar en el período anterior, porque lo merece, y muy extenso, aparte: que era Profetisa, porque en frase de San Agustín, y para que no pareciera indigno el gobierno femenino para pueblo tan esforzado, el mismo Espíritu de Dios le regía y juzgaba por medio de ella, revelándola sus oráculos y sus voluntades; y esta mujer era de paz y de guerra, de sabiduría y de fortaleza; porque, según San Ambrosio, gobernaba al pueblo, iba al frente del ejército, elegía los caudillos, declaraba la guerra y aseguraba la victoria: su nombre lo habéis acertado ya sin duda: *Debora*.

Y se sentaba bajo una palma, sigue diciendo el Sagrado Libro de los Jueces, con las palabras que acaban de servirme de texto, entre Rama y Bethel en el monte de Efraim; y venían á ella los hijos de Israel para todos sus litigios; y esta mujer celebrada llama á Barac, hijo de Abinoem, de Cedés de Nephtalí, y le envía á pelear al frente del ejército, compuesto de diez mil soldados de las tribus de Nephtalí y de Zabulón, contra Sísara incircunciso, general de Jabín, rey cananeo, que oprimía por entonces al pueblo, orgulloso, cual otro Faraón, con sus novecientos carros armados de hoces: y á las súplicas de Barac, ella misma en persona se pondrá en su compañía al frente de las huestes de su pueblo; y bajarán del monte Tha-

bor, y los cananeos, llenos de un espanto extraño y sobrenatural, serán pasados á cuchillo; y Sísara abandonará su carro para huir más desconocido; y entrará muerto de pavor, de fatiga y de sed en la tienda de Haber Cineo; y allí estará Jahel, otra mujer simbólica y esforzada, para matarle durante el sueño, con armas simbólicas y misteriosas también..... basta: está hecha la síntesis de todo el capítulo de mi tema.

¿Quién es esa Débora que se sienta bajo la palma? ¿Qué palma es esa á su vez? ¿A quién simboliza ese monte en cuya cima pronuncia la Profetisa sus fallos supremos y sus divinas inspiraciones? ¿Quién ese pueblo? ¿Cuál esa victoria? ¿De qué Sísara tratamos ahora? ¿A quién se refiere Jahel, sus instrumentos de muerte, á la vez que del triunfo profetizado por Débora?

Débora profetiza y presignifica á María; pero no á María triste y afligida al pie de la Cruz en el monte de las Calaveras, debajo de la encina de los llantos que cubriera con sus ramas melancólicas la sepultura de otra Débora, nodriza de Rebeca, llorada por la familia de Isaac: es la Débora triunfante ya, por consecuencia de esos mismos dolores con que reengendró al género humano, sentada majestuosamente bajo la palma del triunfo de la Cruz, entre Rama, lugar excelso y sitio elevado, y Bethel, que es la Casa de Dios, en el monte de Efraim, monte crecido y abundante en frutos: es la abeja que se ha labrado con sus lágrimas todo un panal dulcísimo de gloria, según la etimología misma de su nombre: es María, en fin, en sus Dolores gloriosos.

Y Barac su general, y Sísara su adversario, y Jahel, *la que sube potente y vencedora*, y esa victoria, y ese pueblo, y todo lo contenido en el capítulo IV del Sagrado Libro de los Jueces, vengo á condensarlo yo ahora en la siguiente proposición, relativa á la gloria de esos Dolores: *María, Débora del Testamento Nuevo, sentada bajo la palma de la Cruz, en el Misterio de sus Dolores gloriosos, juzga al pueblo cristiano en su piedad, y le defiende con fortaleza invencible.*

Reina de los Mártires. justo es tu premio y merecida tu victoria: por uno y otra te felicitamos ahora, como siempre, implorando tus auxilios, para ver la gloria de tus Dolores, y te decimos con el Arcángel:

AVE MARÍA.

Que era de todo punto indispensable asociar á la mujer á todos los dolores y á todas las tristezas del hombre, en la grande obra de la reparación del linaje humano, es una verdad fuera de toda duda, que se dibuja en los más remotos horizontes de la historia de ese mismo linaje y de esa misma reparación, en los Libros revelados: Sara es asociada desde luego á Abraham, en cuya descendencia habían de ser bendecidos los pueblos todos de la tierra, para que con él comparta las amarguras del monte Moria: Rebeca á Isaac, ciego y entristecido por los desafueros de Esaú, para que por la mediación de la sagaz y amante madre, pueda vivir más tranquilo el amado Jacob: Raquel, la que muere dando vida á Benjamín, *el hijo del dolor* para su pobre padre, para que pueda prestar al anciano y afligido *Israel*, un recuerdo de fortaleza y de ternura, y dejarle, sobre todo en José, el hijo que crece hasta llegar al virreynato de los Faraones, y cierra los ojos de su padre en la tranquilidad y la dicha; por eso, en fin, María, prefigurada admirablemente en Sara, en Rebeca y en Raquel, es asociada al Redentor hasta el Calvario, mejor y más fiel compañera que de Adán la Eva prevaricadora.

Mas por esa misma razón viene asociándose constantemente la mujer bíblica á todas las glorias del pueblo de Dios, calmando todos sus dolores y socorriendo todos sus infortunios: Betsabé comparte con David el trono, y la pura y sencilla Abisag, la Sunamita, presta calor y vida al cuerpo y al espíritu del rey viejo y arrepentido: y Judith y Esther libertan á su pueblo: y María, hermana de Moisés, y Ana Profetisa, y Débora misma, de que nos venimos ocupando, cantan las glo-

rias y las victorias de Dios: y Jahel aplasta á Sísara con su mazo y el clavo que sujetaba su tienda, y María, Agar desconsolada, Resfa llorosa, Madre de los Macabeos, en el Calvario un día, comparte, Betsabé elegida, el trono con el David eterno, y abrasa en dulce y eterno amor, Abisag sin mancha, el seno del anciano de los días, y liberta á su pueblo por medio de esos dolores, Judith esforzada y Esther humilde; y canta, para concluir, las glorias de su Dios y de todos sus hijos, por medio de esa incomparable victoria, á semejanza de la otra María y de Ana, y Débora, sentada bajo la erguida y esbelta palma de la Cruz, teniendo en sus manos, precisamente como Jahel, el martillo y los clavos de su excelso triunfo.

Veinte años llevaban los hijos de Israel, sufriendo el despótico yugo de Jabín, rey de Azor el cananeo, cuando fué suscitada la mujer admirable que vino á sentarse bajo esa palma misteriosa en la cima de la montaña de Efraim; y muchos años, y muchos siglos llevaba el género humano sufriendo la opresión del príncipe de los abismos, cuando fué suscitada María para ir á colocarse debajo de la Cruz en el monte de la mirra y en el collado del incienso: y á una y á otra venían esos hijos affigidos para pedirles libertad y tranquilidad y paz y dicha: y Débora llamó á Barac, y María llamó á Jesús; y Débora le mandó llevar sus hombres escogidos al Thabor, y María al Calvario; y Barac no quiso ir al combate sin Débora, ni Jesús á la muerte sin María; ¿no veis, hermanos míos, qué múltiples, bellas y perfectas semejanzas? ¿Pero no columbráis también, ya desde luego, la victoria de los Dolores, operada en una y otra montaña, y la derrota de ambos Césares, y los cánticos de ambas mujeres, y la gloria, en fin, por esos Dolores, del gran pueblo de Dios?

Hojead el Evangelio: buscad la parábola del fuerte armado, y allí veréis al Sísara, eterno enemigo del linaje de Adán, vencido con sus propias armas; y allí contemplaréis á la Jahel invicta, que oprime contra el suelo su espantosa cabeza, con los mismos instrumentos de sus dolores y de su martirio; por-

que allí veréis al Salvador, no sólo triunfando por la Cruz, obligando al Sísara infernal á bajar de su carro y de su trono, para huir más desconocido y presuroso, sino que le veréis penetrando en la tienda de Jahel, incauto, confiado, adormecido en el secreto inefable de la Encarnación y de la leche virginal de María, que no ha podido, á pesar de toda su astucia, penetrar, por más esfuerzos que para ello ha hecho: y le veréis vencido por la mujer, instrumento débil y sencillo de que se valió para su execrable victoria de los antiguos días; porque encontrará á esa mujer fuerte en la expiación, como fué pobre y sin resistencia apenas en la tentación y en la caída: veréis, en fin, á esa Mujer que la Iglesia ha sabido llamar *Corredentora*, compartiendo animosa con su Hijo Divino las amarguras y los secretos de la Pasión y de la muerte, y alargando su mano para coger, al final de toda esa misteriosa tragedia, no ya el fruto del árbol prohibido, sino el martillo de la Cruz, para clavar con él en tierra á Satán, abandonado en sus manos fuertes y poderosas.

¿Comprendéis ahora, mis amados hermanos, toda la inefable y hermosa extensión de la gloria de esos Dolores? ¿No es verdad que á María, sentada bajo la palma de la Cruz entre Rama y Bethel, en las alturas del Cielo y junto al trono de Dios, en el monte de Efraim, de la eterna vegetación, que crece en amor y en dulzuras, acuden todos los hijos de Israel, como á Débora, para que los juzgue, según la profecía davídica, en equidad y en justicia, y les preste aliento y resignación en sus dolores, y consejo y luz en las circunstancias difíciles de la vida, y falle en todos esos misteriosos litigios del alma, del corazón y de la mente, como Profetisa inspirada, como Juez experimentado y compasivo, y en fin, cual Mujer fuerte, de la que, según el problema de Samsón en Taimnata, salió la dulzura, después de despedazada por los más crueles dolores?

Y si acaso no pudiera bastaros el testimonio de vuestro corazón, en una cotidiana é infalible experiencia, abrid, os lo ruego, por un momento el libro inapelable de la historia, y en-

contraréis en él esos dolores, cubiertos, por espacio de muchos siglos, de una gloria tan especial, y tan marcada, que nos refleja, desde luego, la gloria de Débora junto á su palma judiciaria, la de Barac, con ella, en el monte Thabor, y á las orillas del Torrente Cissón, la de Jahel en su tienda, la de las tribus de Nephtali y de Zabulón, escuchando el cántico de Débora y de Barac, coronadas con los laureles del triunfo.

Volved los ojos á la orden de los Servitas, cuya inmensa influencia, no sólo religiosa, sino social y política, tiene que reconocer esa historia, si ha de ser imparcial y verídica, y filosófica, y justa en la apreciación de los sucesos y de la marcha del mundo en determinadas épocas: esa orden, humilde, esa sencilla Congregación religiosa, nacida en el monte Senario, por mandato é inspiración de María á siete caballeros florentinos, en memoria, representación, honor y culto de sus siete ya gloriosos dolores, en tiempo de San Felipe Benicio, su infatigable propagador, y viviendo aún algunos de sus bienaventurados fundadores contaba ya diez mil religiosos, sin comprenderse en este número las religiosas llamadas Mantelatas, hijas de Juliana de Falconeri, y la innumerable multitud de personas de ambos sexos que formaban la Tercera orden, ni los hermanos y hermanas de las Cofradías de los Dolores Gloriosos, extendidas por toda la Europa: ¿lo veis, hermanos míos? el número de combatientes escogidos de las dos tribus para abatir el orgullo de Sísara, por la mujer sentada bajo la palmera de la montaña efraimita, sin contar el resto de esas numerosas tribus que se asociaron al cántico de la victoria.

Y no creáis que sólo el pueblo, humilde y sencillo, y piadoso y creyente siempre, era el único que oía la voz de la Madre de los Dolores Gloriosos, para agruparse por millares en derredor de sus banderas: eran, en Italia, la mayor parte de la más calificada nobleza de Toscana, de Umbría y de las Romanías; en Alemania, Rodolfo, su primer Emperador y fundador del Imperio Austriaco, y la emperatriz, su augusta consorte, con mucha parte de los príncipes del Imperio; en Fran-

cia, el santo Rey Luis IX, Felipe III y IV, y sus hijos y sobrinos, y la mayor parte de la renombrada grandeza de aquella poderosa corte; en nuestra España, Enrique, Rey de Castilla; Pedro, de Aragón; Juan, de Navarra; y Fernando, de Portugal, se inscriben, casi á un tiempo, en la Cofradía de los Dolores Gloriosos, predicados por el Maestro Prado, en legación de Gregorio XI, cuando apenas respiraban algún tanto de la pesada coyunda de la morisma: y la gloriosa dinastía de Austria, renueva en nuestra patria sus tradiciones y sus glorias, en esa misma su antiquísima y predilecta devoción: y la de los Borbones, al advenimiento de su primer monarca Felipe V, obtiene de la benignidad de la Silla Apostólica la concesión de rezo y oficio propios de esta festividad para todos los dominios de Su Majestad Católica; oficio y rezo que el Pontífice mártir Pío VII, hizo extensivo, en fin, á toda la Iglesia en medio de las amarguras que le rodeaban.

¿Cuáles fueron los resultados de esta universalidad admirable? La pacificación de Italia, agitada por numerosas y sangrientas disensiones intestinas por los Güelfos y Gibelinos en toda la extensión de la bella península; de los Adimari y Fosinchi, en Florencia, cuna de los Dolores Gloriosos; de los Lambertazzi y Girolomei, en Bolonia: varios jefes notables de estas desdichadas turbulencias, no contentos con envainar para siempre el acero, lo rinden á los pies de María gloriosa en sus Dolores: Buenaventura Ruenaccorsi, Pelegrín Laziozi, Ubaldo de Adimari y otros nobles de primer orden, visten el hábito de los siervos de María, y mueren entre los rigores de la penitencia, en gran opinión de santidad: sus palacios se convierten en monasterios, y sus esposas é hijas en Servitas de María Dolorosa: Abalverda, Bilia, Santa Juliana, de la casa de Falconeri; Juana de Suderini, Juana de los Corsinos, Sofía de los Adimari, y otras muchas damas de la primera nobleza de Italia, son una prueba de esta verdad, como lo es también, y por todo extremo insigne, Ana Juliana, Archiduquesa de Austria, reparadora de la Orden Servita en sus estados, retirada con su augusta hija á uno de los